



1874-1875

I. El arresto. Nekrásov.

Los primeros meses de 1874 fueron poco agradables. Como se veía obligado a salir con cualquier temperatura por los problemas de la revista y a pasar horas enteras en la redacción, demasiado calurosa, F. M. se resfriaba a menudo. Aumentó su tos y el profesor Koshlakov, a quien consultó, le recomendó una cura de aire comprimido. Koshlakov le recomendó la clínica del doctor Simonov en la calle Gagarin donde, tres veces por semana, pasaba dos horas bajo la campana. Se benefició mucho con esta curación, aunque le llevaba mucho tiempo, dificultándole toda la jornada. Debía levantarse temprano, apurarse para llegar a la cita, esperar a los pacientes que se retrasaban y hacían el tratamiento con él, etc. Todo ello influía no poco en su humor.

F. M. lamentaba también que su trabajo en la redacción y su estado de salud no le hubieran permitido cumplir los días de detención a los que había sido condenado el año anterior. Finalmente se puso de acuerdo con A. F. Koni, y se estableció el cumplimiento del arresto para la segunda quincena de marzo.

El 21 por la mañana llegó a casa el brigadier. F. M. le esperaba y se dirigieron al Tribunal, yo debía ir a las dos horas para enterarme dónde sería recluido mi marido. En cuanto me

enteré de que había sido asignado al Cuerpo de Guardia de la calle Sennaia, le llevé una maleta con ropa de cama. Me permitieron verlo de inmediato, lo encontré de buen humor, me preguntó si los niños hablaban de él, me pidió que les llevara regalos y que les dijera que había ido a Moscú a comprarles juguetes.

Por la noche, en cuanto acosté a los niños, corrí a verlo, pero como era tarde no me dejaron pasar y solo pude entregarle pan fresco y una carta. Me disgustaba tanto no haber podido hablar con mi marido y tranquilizarlo respecto a los niños que me ubiqué bajo su ventana y le vi sentado a una mesa leyendo un libro. Estuve allí unos cinco minutos y después golpeé suavemente. Mi marido se levantó y miró por la ventana, cuando me vio sonrió y me hizo señas con la cabeza. El centinela se acercó y tuve que alejarme.

Fui a ver a Máikov, que vivía cerca de allí, y le pedí que fuera a visitar a mi marido. Estuvo de acuerdo e inmediatamente comunicó la noticia del arresto a V. S. Soloviev, que al día siguiente visitó a Fedia.

Al día siguiente vi dos veces a mi marido y al anochecer me oculté de nuevo cerca de la ventana: tal vez Fedia esperara. El tercer día a las doce fuimos alegremente con los niños al encuentro de papá, que volvía “de Moscú”. Por el camino entró a un negocio a comprarles juguetes. Estaba de buen humor y decía que había pasado muy bien esos dos días. Su compañero de prisión, un artesano, había dormido todo el tiempo y pudo volver a leer, sin que nadie lo molestara, *Los miserables* de Víctor Hugo, obra que apreciaba mucho.

—Está bien que me hayan condenado —decía bromeando—; de otra forma no hubiera tenido tiempo de renovar la maravillosa sensación que me produce esta gran obra.

A comienzos de 1874, F. M. se decidió finalmente a dejar la redacción de *El Ciudadano*. De nuevo le atraía un trabajo puramente artístico. Había en su mente nuevas ideas y nuevos personajes y sentía la necesidad de adentrarse en una nueva obra.

Solo estaba preocupado porque no sabía dónde publicar la nueva novela en caso de que *El Mensajero Ruso* tuviera material para todo el año.

En general, le resultaba muy penoso ofrecer su trabajo. Sin embargo, sucedió algo que resolvió el problema de manera satisfactoria.

Un día de abril, a las doce, la doncella trajo una tarjeta de visita en la que se leía: Nicolás Alekseievich Nekrásov.

Sabiendo que F. M., ya vestido, estaba a punto de salir, hice que hicieran pasar al huésped al salón y envié la tarjeta a F. M. Cinco minutos después, él, pidiendo disculpas por el retraso, invitaba al huésped a pasar a su estudio.

La llegada de Nekrásov, amigo de la juventud de F. M. y después enemigo literario, me sorprendió mucho.

Recordé que F. M. era muy criticado en *El Contemporáneo* desde 1860, durante la publicación de *Tiempo* y de *Época* y que, incluso en los últimos años, aparecían a veces en las revistas, firmados por Mijáilovski, Skabichevski, Eliseiev y otros juicios poco lisonjeros hacia mi marido. También sabía que, desde nuestro regreso del extranjero, F. M. no había vuelto a ver a Nekrásov, por lo que su visita debía tener cierta importancia.

Mi curiosidad era tan grande que no pude resistir y me escondí a escuchar desde la puerta del comedor que daba al estudio. Con enorme alegría oí que Nekrásov invitaba a mi marido a colaborar con él, pedía una novela para *Memorias de la Patria* y ofrecía 250 rublos por folio, mientras que F. M. siempre había cobrado 150.

Seguramente, al ver nuestra modesta casa, Nekrásov pensó que F. M. se pondría contentísimo ante el aumento en la retribución y aceptaría de inmediato, pero Fiódor, agradeciendo el ofrecimiento, dijo:

—Por dos motivos no puedo darle de inmediato una respuesta afirmativa, Nicolás Alekseievich; antes debo escribir a *El Mensajero Ruso* y saber si necesitan mi novela. Colaboro con ellos hace mucho tiempo, Katkov ha sido muy gentil conmigo y sería poco delicado por mi parte abandonarlo sin haberle ofrecido antes mi obra. Podré responderle en el término de una o dos semanas. Por otra parte, siento la necesidad de advertirle, Nicolás Alekseievich, que siempre recibo un anticipo de dos o tres mil rublos por cada trabajo.

Nekrásov aceptó.

—En segundo lugar —prosiguió F. M.—, deseo saber cómo recibirá mi mujer la propuesta. Está en casa y puedo preguntárselo ahora mismo.

Después de decir esto mi marido fue a verme y se produjo algo bastante curioso. Me apresuré a decirle:

—¿Para qué preguntar? Acepta, Fedia, acepta de inmediato.

—¿Que acepte qué? —preguntó mi marido muy sorprendido.

—¡Oh Dios! La oferta de Nekrásov.

—¿Y cómo sabes tú qué me ofreció Nekrásov?

—Escuché toda la conversación, estaba detrás de la puerta.

—Entonces, ¿estuviste escuchando? ¿Cómo no te avergüenzas, Nietochka?

—¡No me avergüenzo de nada! Tú no tienes secretos para mí y de todos modos me lo hubieras contado. ¿Qué importancia tiene que haya escuchado? No se trata de los asuntos de otros sino de nuestros propios asuntos.

Ante mi lógica, F. M. no supo qué responder. Volvió al estudio y dijo:

—Hablé con mi mujer y ella se alegra mucho de que mi novela vea la luz en *Memorias de la Patria*.

Nekrásov, un poco ofendido de que para esos asuntos se requiriese el consejo de una mujer, dijo:

—Nunca supuse que estaría usted bajo las faldas de su mujer.

—¿De qué se asombra? —replicó F. M.— Vivo con mi mujer en gran amistad. Le he confiado todos mis asuntos, me fío de su inteligencia y de su intuición comercial. ¿Cómo puedo dejar de pedir su consejo en un problema tan importante como este para nosotros?

—Sí, sí, comprendo —dijo Nekrásov.

Se quedó todavía casi veinte minutos, después se despidió amablemente de F. M., pidiéndole que le hiciera saber la respuesta de Katkov.

Para darse prisa, F. M. decidió partir hacia Moscú y aclarar la situación personalmente. Se fue a finales de abril. Katkov, después de conocer la oferta de Nekrásov, aceptó dar también la misma retribución, pero cuando F. M. le pidió el anticipo de dos mil rublos, le dijo que había pagado hacía muy poco una gran suma por la novela *Ana Karenina* y que la redacción no disponía en ese momento de medios.

Así, el asunto se resolvió a favor de Nekrásov.